

La experiencia insurreccional de El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru¹

Autor: Mario Meza Bazán

Historiador

Una década después de la caída del fujimorismo, la historia de la violencia política en el Perú ha quedado parcialmente relegada en la mentalidad de los peruanos. Como experiencia traumática se ha preferido olvidarla, omitirla y condenarla. Pocos son capaces de afirmar qué fueron estos grupos armados en el Perú. Los investigadores de la violencia política que han abordado este tema, han circunscrito dicho fenómeno al PCP Sendero Luminoso (de ahora en adelante SL) en el contexto de la precarización de una democracia atenazada por la crisis económica y política en la década de 1980. Poco hemos entendido, tal como ha sugerido Cecilia Méndez en este foro, cuál fue la naturaleza bélica de la violencia política peruana entre 1980 y el 2000; cuáles fueron las condiciones que hicieron posible desembocar entre sectores izquierdistas radicalizados un fenómeno insurreccional no senderista, un correlato adicional a la violencia desencadenada por SL.

En esta oportunidad presentaré la experiencia insurreccional del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) no como una parte agregada de las violencias desplegadas por SL, el Ejército y la población civil, sino como parte de una historia mayor: las que construyeron y legitimaron tradiciones insurreccionales y revoluciones armadas en el mundo, en el continente latinoamericano y en el país. El MRTA es parte de esa historia que legitimó la violencia política contemporánea como una cultura experimental de la utopía liberadora de la humanidad, pero también como experiencia trágica de la misma. No es por tanto una dimensión marginal de la guerra interna librada en el Perú. Para mí la insurrección del MRTA fue la actividad de un grupo armado moldeado por ideologías creyentes de la liberación social, la igualdad y la esperanza en lo nacional, popular, socialista y antiimperialista, que generó paradójicamente, y en tiempos de democracia, represión y persecución, conduciéndonos a la fragmentación social. Esto no significa que desentendamos al MRTA en el contexto de la violencia dominada por el conflicto SL versus Ejército teniendo a la sociedad peruana en medio, sino que resituemos esa experiencia insurreccional como un ingrediente esencial de la violencia política peruana.

¹ Versión sintetizada de mi tesis doctoral en Historia en El Colegio de México.

Mi hipótesis es que la violencia política y la guerra interna librada en Perú entre 1980 y 2000 anudaron varias guerras e involucraron muchos niveles de conflictos soterrados y evidentes en el país. Los diferentes actores políticos y armados eran conscientes de qué y cómo dirigían esas violencias, reivindicando tradiciones “insurreccionales” o armadas. Para los insurrectos no senderistas, la violencia revolucionaria surgía de escenarios predeterminados por la historia o la lucha de clases, por lo que pensaron que unir necesidad y determinación histórica con voluntad y legitimación insurreccional daría finalmente consistencia a sus motivos revolucionarios. Esto los llevó a la conclusión de que hacer una insurrección debía reivindicar antes que nada la defensa de culturas y tradiciones que habían dado forma a una identidad revolucionaria de izquierda. Para ellos, esta identidad insurreccional representaba los auténticos intereses populares y era lo que los distinguiría de SL. De allí la relevancia de entender la particular experiencia insurreccional del MRTA, más allá de considerarla un agregado subordinado de un conflicto mayor entre SL y el país, es comprender cómo se estaba desarrollando una lógica histórica de la violencia en el país. Conocer y comprender la experiencia insurreccional del MRTA nos acerca a redescubrir como fue la historia de esta guerra olvidada.

Las fuentes de la insurrección revolucionaria

La influencia de la revolución cubana en la década de 1960 marcó el nacimiento de nuevos movimientos políticos de izquierda revolucionaria que transformaron los escenarios nacionales en los países latinoamericanos. La revolución cubana trazó efectivamente las líneas de distinción entre el discurso ideológico radical y revolucionario con la práctica política consecuente que muchos partidos y personajes reivindicaban en el discurso, pero no en los hechos. La vinculación entre la palabra y los hechos alcanzó en este contexto la forma más acabada y depurada de la consecuencia ética y moral de un militante de izquierda. La revolución cubana se identificó en este sentido como inspiradora directa de la experiencia insurreccional de varios movimientos armados subversivos en el país y en el continente, entre ellos del MRTA. La estrategia insurreccional cubana guiada por un intenso voluntarismo y una fe en el compromiso inquebrantable por la revolución, expresada en las guerras de guerrillas y en teorías del foco como instrumentos de movilización y conquista del poder, convirtieron la experiencia revolucionaria en una épica de liberación que debía anteponerse a la estrategia y al cálculo cauteloso de los partidos populares, comunistas,

socialistas, nacionales y antiimperialistas que habían ensayado, desde algunas décadas atrás y con diferente fortuna, insertarse en la vida política de sus países de origen.

Creo sin embargo que el peso de la revolución cubana en la conformación de movimientos insurreccionales subversivos está sobredimensionado. Los viejos movimientos y partidos socialistas y comunistas, nacionalistas, populistas y antiimperialistas fundados entre la primera y la segunda guerra mundial poseían fuertes contenidos de referencia para construir tradiciones históricas insurreccionales y/o movilizadoras de la población, que unos llaman radicales y en mi caso los identifico como “espacios culturales revolucionarios”. Ejemplos de ello son los comunistas brasileños en la insurrección de 1930; los comunistas salvadoreños en el levantamiento armado de esa misma época; las autodefensas campesinas colombianas apoyadas por los comunistas de su país que sin llegar a un estado insurreccional proclamaron repúblicas propias y transmitieron memorias y codificaciones de la insurrección. Las experiencias no comunistas de la revolución mexicana; la revolución nacionalista boliviana; o, la movilización popular peronista, cardenista o varguista en Brasil han poseído idénticos contenidos. Estas fuentes dieron densidad histórica a algunos presupuestos fundamentales de la movilización social en el continente, entendida como apertura del espacio cerrado por las elites a las masas y reivindicación a sus demandas de justicia social. La apertura de regímenes revolucionarios como el cubano es relevante por su trascendencia ideológica pero poco significativa por su impacto social en relación, por ejemplo, a los regímenes nacionalistas y populistas. Ambas experiencias poseen sin embargo algo en común: el enfrentamiento contra los regímenes excluyentes de masas, las oligarquías; y la inclusión de lo popular en la arena política oficial. La identidad común de ambas experiencias nos muestra por un lado la convergencia ideológica de regímenes que actuaban apelando el apoyo de las masas emergentes mientras que, por otro lado, nos muestra cómo se iba construyendo la legitimación de la acción armada como derecho de desobediencia de los subalternos y conquista del poder. En Perú ambas posibilidades capaces de inducir transformaciones revolucionarias populistas o insurreccionales han sido frustrantes. Sin embargo las fuentes experimentales para esas tradiciones revolucionarias insurreccionales no son diferentes de otros países vecinos; están allí, y se relacionan con tres actores fundamentales: las organizaciones juveniles apristas; los comunistas; y, los núcleos ideológicos reformistas de las Fuerzas Armadas que terminarán con la experiencia velasquista en la década de 1970.

Los frentes juveniles apristas

El Partido Aprista Peruano (PAP) surgió como frente revolucionario de masas emergentes tras la crisis de 1930; aprendió de otras experiencias populares y nacionales como la revolución mexicana y la revolución china en 1910 y 1911 por qué era importante la lucha antiimperialista de los pueblos; aprendió por qué la brillantez de una experiencia como la revolución rusa no era trasplantable a otros pueblos; aprendió por qué tras la crisis de 1930, las manifestaciones fascistas de masas europeas, endurecidas por la Gran Guerra, fueron movilizadas por un militarismo reaccionario que las cautivaba con simbologías de fuerza, violencia y culto a la nación y al caudillo. Los aspectos negativos y excluyentes de estas movilizaciones de masas no se sobrepusieron sin embargo a aspectos más incluyentes y positivos de las mismas; el racismo no se convirtió por ejemplo en fuente legitimadora de poder. En su lugar, la reivindicación de las masas como opciones políticas progresistas, se impusieron como alternativas al atraso del régimen oligárquico. A esta última el PAP señaló como el principal vector del atraso y males del país y ensalzó por otro lado la voluntad del caudillo con el sentido mismo de la revolución. Este último rasgo fecundó la expresión del culto a la personalidad para los subsiguientes líderes políticos.

Víctor Raúl Haya De La Torre y sus seguidores organizaron un partido capaz de adaptarse a las duras exigencias de cada época y según la oportunidad política del momento: en unas épocas era una máquina electoral al servicio de su líder (1931, 1945 y 1962); en otras, era un movimiento semimilitarizado de los periodos de persecución y clandestinidad. Sus jóvenes seguidores no fueron siempre obedientes a las tácticas de su carismático líder pero obtuvieron un papel especial en el partido. Eran fuerza de choque, futuros dirigentes populares, reserva mística e incorruptible ante las prácticas políticas tradicionales. Sus diversos frentes como la VACH (Vanguardia Aprista de Choque), la VAJ (Vanguardia Aprista Juvenil) y la FAJ (Frente Aprista Juvenil) eran semilleros de nuevos políticos peruanos. De ellos y de las secretarías de defensa del partido saldrían conspiraciones fallidas como la revolución de 1948, sin contar el espontáneo movimiento popular aprista de 1932 y de otros movimientos posteriores a él. El fracaso de 1948 y los vaivenes, giros y maniobras de su líder por conducir a sus juventudes organizadas para la acción revolucionaria, llevó finalmente a estos jóvenes militantes cultivados para el sacrificio, el heroísmo, la voluntad, la disciplina y el valor personal abandonar desencantadamente al partido y a su líder. Ellos

constituirían las líneas de transmisión de viejas aspiraciones insurreccionales a los nuevos movimientos radicales revolucionarios que surgirían en la década de 1960.

Los comunistas

El Partido Comunista del Perú (PCP), fundado por José Carlos Mariátegui, aportaría menos densidad numérica en la organización de masas que el Partido Aprista, pero daría más experiencias organizativas y referencias ideológicas alternativas al aprismo. Para el militante comunista estar bajo las órdenes del partido era estar a las órdenes de la revolución mundial. Su dirigencia en cambio estaba más dispuesta a combinar lucha política legal con la fuerza organizada de las masas. El PCP afirmó la importancia de la organización sindical introducida por los anarquistas a principios del siglo XX, con un tinte clasista especialmente entre trabajadores urbanos y rurales mineros y campesinos. La participación de los campesinos semiasalariados (yanaconas) sería relevante para la fundación de la Central General de Trabajadores del Perú en 1928 y de la Confederación Campesina del Perú en 1947. Los dirigentes comunistas fundaron con los dirigentes sindicales apristas la Confederación de Trabajadores del Perú en 1948, afirmando la necesidad de fomentar las identidades de clase en la emergente sociedad peruana del siglo XX.

Los comunistas entendieron que difundir una organización de trabajadores que les diera una identidad de resistencia de clase, con perspectivas insurreccionales, afirmaría el liderazgo de su partido –representante del proletariado– para la toma violenta del poder. Esto les daba teóricamente una opción política propia en la lucha por él. Su rechazo a la formación de frentes multiclassistas impulsados por los apristas constituyó un eje esencial de sus divergencias, debates y conflictos con este partido, que se mantendría especialmente hasta la década de 1980 a través del frente IU. Su oposición a la abolición anarquista del Estado señala en todo caso la percepción de una razón política que se haría dominante entre todas las izquierdas en la segunda mitad del siglo XX: la necesidad de mantener un Estado revolucionario socialista como paso previo al comunismo. No es difícil precisar, sin embargo, que toda esta retórica ideológica intransigente de los comunistas, podía acomodarse en la práctica con cualquier situación política que les diera oportunidad para la participación partidaria en el escenario nacional. Los jóvenes militantes del comunismo asimilarían con dificultades estas enseñanzas contradictorias de sus líderes: promover por un lado la organización de clase de los trabajadores para soportar por otro los arreglos de sus

líderes con la oligarquía, para favorecer la libertad de acción del partido y de los sindicatos. Ello hablaba en contra de la identidad revolucionaria que tanto predicaban. Para los comunistas insurreccionales la actitud conciliadora de su partido con el régimen oligárquico amenazaba sus identidades revolucionarias en los sindicatos, organizaciones y frentes sociales supuestamente preparados para la insurrección. Peor aún, la práctica leninista de un paso atrás y dos pasos adelante los dejaba mal parados consigo mismos, como cuadros capaces de organizar masas revolucionarias que para solo promover paros, huelgas, mítines y boicots. La incomoda convergencia entre retórica insurreccional y política real entre los comunistas insurreccionales y sus líderes provocaron la escisión del mismo después del golpe militar de 1948.

Las Fuerzas Armadas (FFAA): el Ejército

Las Fuerzas Armadas y particularmente el Ejército tienen también un protagonismo en esta formación de fuentes insurreccionales peruanas del siglo XX. El Ejército fue un actor institucional en la vida del país junto con el partido aprista. Ambos abrieron la participación de las masas en el país, yendo incluso contra la oligarquía a la que teóricamente debía defender. Como ha mostrado Cecilia Méndez, esta actitud “populista” no era nueva. Desde los tiempos de la independencia y de la república plebeya, los militares y la población se relacionaron fluidamente entre sí. Las reformas del Ejército durante la república aristocrática subordinaron teóricamente a los militares a la sociedad civil y finiquitaron los golpes de estado y la autoridad que estos podían tener sobre la población. La influencia de la escuela militar francesa con sus conceptos de defensa en profundidad y contra el enemigo externo –representado en los países vecinos– y del enemigo interno –representado por el apro-comunismo–reivindicaron sin embargo esta relación Ejército-plebe teñido con un nacionalismo de ribetes populistas.

Los aspectos políticos de estas tendencias, cocinadas por un sector de la *intelligentsia* militar del Ejército, fueron a contracorriente de otras tendencias que infligían golpes de estado para defender más bien el orden tradicional. El periodo de la etapa golpista más tradicional del Ejército (1930-1956) coincidió sin embargo con los impulsos movilizadores de la población y la incubación de nuevos referentes ideológicos militares de defensa nacional. A mediados de la segunda mitad del siglo XX nuevas generaciones de oficiales profesionales pensaban que la construcción de lo nacional no podía darse sin lo popular. Las masas desbordaban el campo hacia las ciudades y

representaban un aspecto que no podía ser soslayado por la política, la sociedad y la defensa nacional entendida como seguridad interna. Las guerrillas, pensaban sectores del Ejército, podían utilizar estos fenómenos para amenazar la seguridad de la nación. El pensamiento nacionalista de las FFAA, teñido de un desarrollismo antiinsurgente, contenía aspectos elementalmente subversivos ante la realidad que ellos institucionalmente defendían. Sus nociones de integración, seguridad y desarrollo nacional –controlados por modelos modernizadores paradójicamente similares a los modelos antioligárquicos y antiimperialistas de los partidos nacionales populares de izquierda– los acercaban más a sus adversarios apristas y comunistas. En esta curiosa fusión no podían desembarazarse tampoco de su aversión a la democracia representativa e institucionalizada de los partidos oligárquicos tradicionales. El carácter esencialmente excluyente y exclusivista de los partidos oligárquicos los llevó finalmente a la conclusión de que esos partidos, al igual que la propia oligarquía, sobraban en el proceso de construcción nacional. Este sentimiento se profundizó más cuando los partidos oligárquicos ligados al PAP trabaron las reformas modernizadoras que el país requería.

De revueltas antioligárquicas a revueltas contra los viejos partidos insurreccionales

Sobre las bases de los primeros partidos políticos de masas y de clases insurreccionales de izquierdas, que ponían el acento en el protagonismo social y político liberador de lo popular y/o clasista representado en el pequeño sector obrero del país, las FFAA y especialmente los miembros del Ejército, reelaboraron su papel en la construcción de lo nacional con la apertura a lo popular. Nuevos partidos al lado del PAP y el PCP surgirían en la década de 1950 para reforzar esta certidumbre por lo nacional popular. Los militares profesionales, ligados a las nociones de defensa con desarrollo nacional, asignaron a las masas emergentes una identidad de lo popular y lo nacional para distinguirlas de la identidad popular y clasista de los viejos partidos populares y de izquierda. La esperanza de los militares para construir una nación traía al mismo tiempo complicaciones para su realización. La primera era el encausamiento de la rebeldía de las masas a un proyecto nacional propio; la segunda, era que la pérdida del respeto a la autoridad y al orden oligárquico podía extenderse más allá del anhelo de un orden más justo; y la tercera, era que el nuevo orden no podía amenazar el sentido mismo de la seguridad y la integridad nacional. Para enfrentar las tres amenazas, los militares plantearon que cualquier integración de masas a la vida del país debía ser conducido por liderazgos fuertes y decididos. Sin ser conscientes de ello, se

dieron cuenta de lo obsoleto que podía resultar la oligarquía y lo peligroso que podían ser las iniciativas de cambio dejadas a los grupos insurreccionales. Como había sucedido en otros países del continente (México, Brasil y Argentina) los cambios serían ser dirigidos por caudillos populistas que resultaban ser al mismo tiempo ex militares (Lázaro Cárdenas, Getulio Vargas y Juan Domingo Perón).

El PAP y el PCP entendieron por su lado que las lecturas que la oligarquía y las FFAA tenían de ellos no favorecían para nada su integración ni de los sectores populares. Para resolverlo se allanaron a las exigencias de un sistema político que no era el suyo. Abandonaron sus discursos y prácticas beligerantes y eliminaron las señales más aparentes de rebeldía entre sus filas; profundizaron la amistad y la concesión a las elites oligárquicas y dieron giros a la derecha vaciando el espacio político de la izquierda, especialmente después de la fracasada insurrección aprista de 1948 y el contragolpe del general Manuel A. Odría, auspiciado por las elites oligárquicas. Este vaciamiento político no significó el vaciamiento de su cultura basada en el antagonismo de clases trazado por ambos partidos. El término revolución, usado en la retórica de los partidos de izquierda popular y de clase como término de cambio y transformación al progreso y la modernidad, si bien se convirtió en un referente sin un contenido real de cambios y aperturas, al punto que Odría terminó usándolo como señal inequívoca de cambio en la conservación (una “revolución restauradora”), siguió usándose en determinados espacios y circuitos culturales como cambio y transformación.

Las profundas implicancias de ambos hechos (fracaso insurreccional aprista y contragolpe militar exitoso) afectaron profundamente a las militancias izquierdistas apristas y comunistas. Estos no cejaron en su empeño por hacer una revolución auténticamente liberadora y proclamar el socialismo antiimperialista como un deseo de cambio y renovación de la sociedad. El término revolución, más que una referencia explícita al bloque mundial socialista, era un sentimiento por la transformación con justicia social.

El auge de la guerra fría, la revolución cubana y el conflicto ideológico chino-soviético remecieron los cimientos del significado revolución y lucha armada. Propiciaron los espacios para que las militancias radicales izquierdistas se constituyeran y expresaran justamente en los contextos de

mayor represión, persecución y clandestinidad, esa afirmación insoslayable y cuasi religiosa por los valores insurreccionales que se estaban operando en el resto del continente y en parte del país. Las persecuciones al aprismo y la insistencia de Haya para impulsar su conciliación con la oligarquía y el régimen odriista, provocaron la reconstitución de núcleos radicales que buscaron salvar las viejas tradiciones insurreccionales apristas, para reformarlas en el contexto de la revolución cubana. Las militancias comunistas, renuentes en algunos casos a aceptar la inspiración teórica cubanista, renovaron sus convicciones y creencias insurreccionales leninistas con una experiencia lejana, pero fresca y no menos alentadora: la revolución maoísta china. En este escenario, su labor proselitista entre círculos obreros y trabajadores urbanos, reivindicó especialmente al ideal insurreccional comunista en sus versiones más simplificadoras de las formulas maoístas, que ofrecían un amplio espectro para el diseño rural guerrillero, muy abandonado entonces por la dirigencia del PCP. El campo ofrecía un amplio espacio para la guerra popular prolongada, que según los propagandistas del maoísmo, era un método revolucionario infalible para un país inmensamente rural como el peruano.

En todos esos referentes o fuentes insurreccionales, la afirmación práctica y teórica subversiva iba no solo contra la sociedad oligárquica sino contra los postulados conciliadores del PAP y del PCP. La lucha de clases se convirtió en una guerra contra la oligarquía, su aliado populista el partido aprista, el imperialismo yankee y el social imperialismo ruso. El impacto del castrismo y de las guerrillas guevaristas en la década de 1960 no afectaron solo al campo de las revoluciones armadas, quebraron los núcleos militantes de los viejos partidos insurreccionales y dieron nacimiento a nuevas alas radicales, que rellenaron inmediatamente el espacio izquierdista abandonado por el PAP y el PCP. De allí surgieron apristas rebeldes luego miristas; comunistas luego comunistas revolucionarios maoístas; vanguardistas revolucionarios; y, los movimientos trotskistas se revitalizaron operando con el campesinado en La Convención. Ellos definieron el derrotero de una nueva generación de izquierdistas que llenó el vacío dejado por los viejos partidos, precisamente cuando grandes masas campesinas se movilizaban del campo a la ciudad o solo en el campo, reclamando tierra y derecho al voto.

Varios líderes de las izquierdas revolucionarias o reformistas recogieron esas demandas como representantes partidarios o líderes de organizaciones insurreccionales. En los hechos solo Hugo

Blanco, Luis De La Puente del Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR) y los guerrilleros del Ejército de Liberación Nacional (ELN), plantearon la acción directa como expresión política de la consecuencia revolucionaria entre 1962 y 1965. Sin embargo el pueblo permaneció como una entidad ajena a la movilización revolucionaria. El alto costo de estas concepciones vanguardistas fue la autoliquidación de sus posturas armadas. La falta de cohesión y traducción explícita entre las fórmulas altamente depuradas del vanguardismo guerrillero armado, voluntarista y moralmente comprometido con los valores insurreccionales, se distanciaban paradójicamente de las demandas más sentidas de la población movilizada.

La derrota de las guerrillas, la desarticulación de sus aparatos y la persecución y cárcel de sus líderes, puso en primer plano la naturaleza de los problemas que afrontaba el país y visibilizó a las principales fuerzas contendientes en la lucha política de 1960: los movimientos sociales y partidos reformistas de la sociedad con unas FFAA, poseídas por un discurso nacionalista y reformista con posturas antioligárquicas contra las elites terratenientes, apoyadas por sectores transnacionales que, con el inapreciable apoyo del partido aprista que pagó muy alto su inserción en el sistema político oligárquico, liquidaron toda esperanza de reforma dentro del sistema de partidos políticos tradicionales destruyendo la legitimidad y autoridad del dominio oligárquico.

La naturaleza política del conflicto reveló sin embargo a solo dos adversarios específicos: el Partido Aprista y el Ejército, entidades que habían intercambiado sus posiciones ideológicas originales hacia la defensa de sectores arcaicos unos y la apertura de reformas sociales controladas otros. En el subsuelo de esta realidad, los grupos radicales insurreccionales que afloraron con la coyuntura rupturista de las alas izquierdistas de los partidos aprista y comunista, de la movilización popular agraria y de los movimientos guerrilleros que intentarían secundarlos, irían preparando el terreno para nuevas estrategias insurreccionales en el acceso al poder.

El velasquismo como régimen nacionalista y radical no partidarizado ni populista

El ascenso de las FFAA en 1968 con la decidida intención de transformar al país respondía no solo a la incapacidad de los partidos para solucionar las demandadas reformistas y modernizadoras de la sociedad, sino a problemas elementales en la formación nacional, muy vinculados a las cuestiones de seguridad y defensa nacional. Los militares, liderados por el general Juan Velasco

Alvarado, impusieron, de este modo, un modelo ordenador de revolución sin insurrección cruenta ni subordinante a cualquier poder extranjero, capitalista o comunista. Ambos aspectos, dominantes en las obsesiones de los “militares profesionales”, cruzaban paradójicamente los proyectos políticos originales aprista y hasta comunista, acercándose a los partidos reformistas de clase media. Conducir ordenadamente la revolución, con la aplicación de decretos que forzaban cambios de la realidad muy a distancia de la voluntad de las masas, expuso a las FFAA a una fuerte disyuntiva: cómo transformar sin subvertir y cómo movilizar a la población sin darle el control de las decisiones. El primer aspecto se realizó fortaleciendo al Estado, el segundo, sin la formación de una base partidaria populista, se reivindicó, en su lugar, una retórica nacionalista, radical y revolucionaria, antiimperialista y socialista, que actuaba desde el poder de las instituciones castrenses más no de la legitimación de la voluntad popular. Frente a ellos, quedaba la estupefacción de las izquierdas surgidas de la eclosión guerrillera y la fragmentación de los partidos, que quedaron sin más argumentos que incentivar su radicalismo apoyando las reformas militares más hacia la izquierda o combatiéndolas, por ser simplemente de los militares, presentándolas como hechos pocos revolucionarios o desconfiables en sus propósitos. No es casual por estas razones que los partidos de izquierda jamás reclamaran la legitimidad de las reformas para las masas, solo vieron en ellas un elemento catalizador de una voluntad y una conciencia prerrevolucionaria de la población, sobre determinada por la naturaleza de la lucha de clases desatada en el país por esas mismas reformas. Para los militantes y vanguardistas radicales de la emergente nueva izquierda, las reformas debían ser la antesala preparatoria de la conciencia ideológica de la revolución socialista que debía superar por necesidad el reformismo del capitalismo dependiente de los militares, distanciándose de este modo del “falso” proceso revolucionario militar dado que la “verdadera” revolución era la que ellos proclamaban: la insurreccional comunista.

Transiciones: de la experiencia militar reformista a la apertura democrática

La caída del velasquismo y su reemplazo por un régimen militar más conservador sacudió a los partidos y movimientos de izquierda (entre ellos al PCP y el Partido Socialista Revolucionario (PSR) partidarios del velasquismo) y de la Nueva Izquierda (miristas, maoístas, trotskistas, etc.) de su quietud insurreccional. La percepción entre estos últimos en la segunda mitad de la década de 1970, era que la crisis económica y política que había hecho caer al velasquismo, induciría al nuevo

régimen a perseguir a los partidos y movimientos populares movilizados por las reformas, donde de alguna manera los pequeños partidos y movimientos de izquierda se habían multiplicado bajo su sombra. Estos temores entre las izquierdas peruanas se volvieron realidad cuando plantearon enfrentar los ajustes económicos del régimen militar con las grandes huelgas masivas de 1977 y 1978. El cariz represivo del régimen de Francisco Morales Bermúdez planteó entre los diferentes partidos y movimientos de Nueva Izquierda, si no era el momento de dejar la pasividad política y abandonar la marginalidad gremial donde habían estado actuando, para empezar a concentrarse en reconstituir cuadros y células capaces de organizar a una población imbuida de lenguajes y prácticas reivindicativas de lo popular y lo revolucionario. Los debates sobre la necesidad de formar el llamado partido revolucionario de masas comandado por cuadros capaces de actuar como líderes de la revolución, se enfrentaba a la formación de un movimiento de masas que buscaba dar forma a sus demandas incluso por encima de los propios líderes de izquierda. Esto los llevó a considerar cómo debían alcanzarse los objetivos finales de una revolución socialista, sopesando su propio papel ante una fuerza social emergente y efervescente con las reformas velasquistas. Los partidos radicales de izquierda se planteaban de este modo cuánta capacidad de acumulación de fuerzas y de convocatoria podían tener en una coyuntura como la de fines de la década de 1970. En este contexto reaparecieron los viejos ideales insurreccionales de la revolución como respuesta afirmativa de la apertura y la movilización social contra los regímenes de explotación y exacción, con la diferencia con respecto al escenario aprista y comunista de 1930, que estos no estaban reducidos a pequeños sectores de elites atenazadas por la oligarquía y el Ejército, sino que hegemonizaban grandes espacios sociales y culturales empoderados por las reformas de los militares, con discursos reivindicativos que recogían legitimidades incluso entre sectores del Ejército, la Iglesia, sindicatos, sectores populares constituidos o no por esas reformas hasta entre sectores empresariales involucrados con las reformas.

Las experiencias insurreccionales de los viejos partidos aprista y comunista y de las propias guerrillas de 1965, reaparecieron con sus matrices discursivas en contextos de persecución y represión militar. Las prácticas clandestinas se hicieron más indispensables que nunca, la necesidad de activar la política se hizo en función de luchar contra adversarios cada vez más agresivos y amenazantes de las organizaciones populares e izquierdistas. La coyuntura contra laboral de fines de la década de 1970 y principios de 1980 hizo que estas necesidades se

convirtieran en hechos insoslayables y hasta deseables para la situación preinsurreccional o prerrevolucionaria. Las huelgas y deportaciones de dirigentes populares y de izquierda en pleno proceso de movilización antilaboral les daba la razón y constituyeron desde la extrema hasta el centro izquierda núcleos para promover la idea del partido-movimiento de masas, que hiciera frente a la situación de peligro con una estrategia adecuada de autodefensa de masas y la constitución de dobles poderes. Al final, pensaban, que el surgimiento de un poder revolucionario de masas y la constitución de brazos armados evitarían situaciones como de Salvador Allende en Chile. En este ínterin y en medio de la crisis social y política, el gobierno militar convocó la formación de una Asamblea Constituyente en 1977 para consagrar las reformas velasquistas, aspecto que conllevó por otro lado, al despido masivo de miles de trabajadores y líderes sindicales, que debilitó la formación de un movimiento sindical poderoso, afectando al mismo tiempo la base de reproducción de las izquierdas hacia la democracia. Golpeados los trabajadores directamente por el gobierno y sin esperanzas ni convicciones sobre la oportunidad de participar realmente en el poder de la Asamblea Constituyente, la mayoría de partidos y movimientos de nueva izquierda intervino electoralmente en una competencia sin estar preparados para ello. Su cultura política imbuida de conceptos del conflicto, del dogmatismo y la violencia revolucionaria, producida por las tensiones propias de los periodos previos de una persecución relativamente “benigna” en el contexto de otros regímenes militares latinoamericanos, fueron relevantes para conservarlas como fuentes de identidad insurreccional. El déficit de experiencia parlamentaria y conciliadora requerida en las lides electorales y en la formación de coaliciones y entendimientos sistémicos, intrainstitucionales o favorables a la negociación política para ir incidiendo en el juego institucional del poder, era entonces nulo a comparación de otros partidos más enraizados en la labor parlamentaria.

En ese contexto se produjo la convergencia de los diversos movimientos de izquierdas nacionales, tendientes a conformar el partido revolucionario de masas, que fueron los que llevaron en la década de 1980 a la formación del frente electoral Izquierda Unida (IU). En la misma dinámica politizadora de la democracia y cuando el proceso germinal de cohesión electoral fracasó en una primera instancia –en las elecciones presidenciales de 1980 con la Alianza Revolucionaria de Izquierdas ARI– surgió también y en ese momento el germen del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

La experiencia insurreccional

El reingreso del país a la democracia partidaria de 1980, no significó la adquisición de nuevas prácticas y compromisos entre los partidos y movimientos, especialmente de izquierdas, hacia esa democracia representativa de partidos, parlamentos y elecciones. Quedaba la sensación de una transición incompleta, condicionada por la presencia de los militares en la vida política del Perú, aquejada además por la precariedad de un sistema de partidos y una crisis económica que apenas podía ser afrontada por el nuevo gobierno. El desmontaje de las reformas velasquistas, iniciado por Morales Bermúdez en el quinquenio posterior; y, el debilitamiento del movimiento social donde los grupos de izquierda tenían presencia; más la aparición en el escenario rural andino del partido Comunista del Perú Sendero Luminoso (PCP SL), en medio de fuertes tensiones provocadas por las migraciones internas, la reforma agraria y una dinámica poblacional juvenil escolarizada y excluida del desarrollo, encuadraron las condiciones para que esta pequeña facción de la izquierda radical automarginada del movimiento social, insurreccionara en Ayacucho. De este modo Sendero nació desafiando al gobierno y a todos los partidos de izquierda en la realización de una revolución armada. Si en los libretos de las principales insurgencias armadas del mundo, incluyendo la China comunista y la Cuba de Castro, la participación campesina aparecía como condición fundamental de toda insurrección armada, Sendero la planteó como una sustitución al propio movimiento campesino.

El complejo escenario planteado por la democracia a las izquierdas en 1980, no democratizó a estas últimas. Por el contrario, la polarización provocada por la insurrección de SL, se expandió rápidamente entre sectores rurales y urbanos pauperizados y radicalizados en la región sur andina. Esto movió al presidente Fernando Belaunde a identificar a los partidos y movimientos de izquierda participantes en la democracia de esos años, como parte del complot comunista que buscaba derribar a su gobierno y polarizar al país. Los partidos de izquierda, acusados de realizar acciones contra un régimen con el que efectivamente no comulgaban pero al que tampoco atacaban con acciones armadas directas, reaccionaron contra el régimen acusándolo de conspirador y anticomunista, y de buscar motivos para sacarlos de la legalidad y aniquilar al movimiento popular en medio de la crisis económica y social. El recelo entre los partidos de izquierda y el desconocimiento de lo que estaba sucediendo en el interior del país tenía al mismo

tiempo correlato con un relativo afianzamiento electoral del frente Izquierda Unida (IU) en las elecciones municipales de 1980 y 1983. Los pequeños grupos radicalizados de IU expresaron entonces sus temores de que la democracia de partidos recientemente abierta, sería rápidamente cancelada por el contexto perturbador de la violencia política. Se veía un golpe militar de derechas y ello motivaba entre los pequeños grupos radicalizados por las experiencias insurgentes centro y sudamericanas ver a la democracia con escepticismo. Las izquierdas en su conjunto apenas sentían que ella era apropiada para incorporar a las masas al socialismo nacional y antiimperialista y, dedujeron más bien, que el gobierno utilizaba las acciones de Sendero para presionarlas con la amenaza de un régimen dominado por las instituciones castrenses como sucedía en casi todos los países del continente. Bajo esa atmósfera de presión a las izquierdas, el temor a un nuevo golpe de los militares o de las ultraderechas en alianza con los militares y, la propia defección de los grupos y movimientos de izquierdas para armar una estrategia común dentro de la IU conducente a la construcción de una organización revolucionaria de masas, llevó a unos pequeños grupos radicalizados de izquierdas, juntados desde 1980, a debatir la necesidad de una insurgencia insurreccional dentro del espacio que preveían sería de una legítima defensa del movimiento social dentro de la democracia y hasta de la constitución.²

En este contexto las cúpulas dirigenciales pronosticaban escenarios pesimistas sobre la decisión final de estos pequeños grupos de saltar a la lucha armada, mientras que la militancia más bien daba cuenta de la presencia de Sendero Luminoso en las provincias más rurales y pobres del país que jalonaba la participación de jóvenes educados y desarraigados del campo entre sus filas. Esto interpelaba a las izquierdas en su propio terreno y las conminaba a ir más allá de las palabras y la retórica. Los hechos y las acciones armadas debían hablar, el desafío insurreccional senderista los obligaba a mostrar su verdadero talante insurreccional. Para algunos izquierdistas radicalizados, el asalto de la prisión de Huamanga en la Semana Santa de ese 1982, supuso el momento de los

² Los grupos que reflejan las disyuntivas y dilemas de las diversas facciones que componían las izquierdas en el Perú y que se hallaban mejor representados entre los dos principales movimientos radicales de la izquierda peruana eran: Unidad Democrática Popular (UDP) formadas por MIR IV y MIR C que luego sería el Partido Unificado Mariateguista (PUM) y facciones del MIR VR que trasvasaría su militancia militarizada al MRTA; y, la alianza PSR ML-MIR EM que luego fundaría el MRTA y se daría a conocer por sus diferentes voceros: PSR ML - MIR EM, Voz Rebelde, el diario de *Marka*, El Nuevo Diario y *Cambio*.

decantamientos y las rupturas, las tensiones y desafíos para no esperar la decisión colectiva de los grupos a los que pertenecían ellos y sus líderes.³

El MRTA surgió en este contexto no como un movimiento armado de insurrectos dispuestos a hacer la revolución transformadora del país, sino como una asociación de diversos grupos radicalizados atenazados por varias disyuntivas y escenarios, de entre los cuales dos serían decisivos para resolver estos dilemas: la emulación a un SL que interpelaban por la acción directa insurreccional; y, la presión de un escenario dibujado por la amenaza contra las izquierdas, especialmente por la violencia represiva desatada por el Ejército contra la población. Ambos aspectos afectaban cualquier posibilidad de desarrollo democrático, especialmente con la instalación de estados de emergencia en zonas ocupadas por SL. Aun así considero que la emulación a SL como hecho determinante venía impuesta por una coyuntura más larga: la sensación del cierre de espacios para la izquierda. Esta sensación era más antigua que la democracia de 1980, venía desde el quinquenio de Morales Bermúdez, y hacía pensar a los sectores insurreccionales no senderistas que una coalición electoral de izquierda que jugase con las reglas de la democracia y ganara el poder no tenía por qué abandonar sus postulados insurreccionales pese a esa democracia. Había un deber de por medio y era la constitución del partido revolucionario de masas, capaz de usar la democracia, la movilización popular y las acciones armadas revolucionarias como acciones políticas legítimas. En la cultura izquierdista estos elementos eran condiciones que todos reivindicaban como parte de una revolución posible. El MRTA surgiría en 1982 como una asociación insurreccional de izquierdistas consecuentes con esta identidad y se situaría muy cerca de la IU para recordárselo siempre, al punto que le brindaría la oportunidad de lo que ella misma se negaba ser: una vanguardia dinamizadora del cambio auténticamente revolucionario al socialismo; el MRTA se ofrecía en cambio como brazo armado que canalizaría las ansias de una militancia dispuesta a defender al movimiento popular, dirigiéndolo efectivamente hacia esa revolución posible.⁴

³ Seguirían por esa ruta el PSR ML–MIR EM; MIR VR; Pukallackta se iría con SL; PCP PR Bolchevique se iría al MRTA y SL; sectores del PCP Mayoría; grupos del MIR Yahuarina, Juventud Rebelde y las juventudes del PCP que formarían las Fuerzas Patrióticas de Liberación con su ala militar en el Movimiento Patria Libre de Yehude Simons.

⁴ Estos grupos intentarán presentar su revolución como una dimensión más activa de su lucha armada por el socialismo que como una acción armada defensiva de las fuerzas izquierdas, atenazadas por el desafío de SL y la represión del gobierno y las FFAA.

A partir de este momento encontramos cuatro etapas en la experiencia insurreccional del MRTA – entre su surgimiento como movimiento armado y su derrota estratégica en la década de 1990– que nos ayudan a describir su estrategia insurreccional revolucionaria como parte de viejas identidades y tradiciones de la cultura política peruana basadas en la violencia:

1° De la ciudad al campo. Con diversos núcleos de militantes organizados dentro de los diferentes partidos, movimientos y células izquierdistas que conformaban o no parte de los frentes políticos que darían forma a IU, los primeros grupos izquierdistas insurreccionales fueron articulando en las urbes y en zonas rurales más densamente organizadas de la sierra central (Junín y Cusco) y sur (Arequipa y Puno), en regiones amazónicas de reciente migración (Amazonas; San Martín; Huánuco; Ucayali; Yurimaguas, Chanchamayo y Satipo) y en las ciudades de la costa donde tenían presencia (Lambayeque y La Libertad), y especialmente en Lima, las convergencias y acuerdos sobre cómo afrontar los escenarios planteados por la democracia y el gobierno de Belaunde en 1980.⁵ Deudores de la cultura clasista de confrontación y lucha, estos núcleos entendían que preparar en reuniones y cónclaves clandestinos, eventuales escenarios para poner en práctica tácticas y estrategias de la violencia aprendidas durante años de persecución y ocultamiento, los llevarían a salidas auténticamente revolucionarias al estilo de Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Chile o Colombia.

La convicción inicial de los núcleos radicalizados de los grupos izquierdistas sobre la modalidad y el tiempo que les tomaría convertir a sus militancias y a sus partidos en aparatos vanguardistas para salidas insurreccionales, que los llevarían finalmente al socialismo, se diluyó con el tiempo. Las divergencias sobre el cómo y el cuándo los empujaron a las rupturas y a la formación de nuevos núcleos que irían midiendo sus pasos para una salida insurreccional. El surgimiento del PUM y del MRTA en el seno de la IU en el caso de los primeros y alrededor de una UDP reconstituida en el caso de los segundos, convirtieron al MRTA en un espacio de referencia para la actuación insurreccional de ambas agrupaciones políticas. La UDP, al margen del frente IU, serviría además como periferia legal de la militancia radical afín al MRTA. De este modo cuando el PUM y el MRTA

⁵ En este escenario se planteó el protagonismo de la población emergente como símbolo de lo nacional popular en una democracia considerada insuficiente.

adoptaron caminos propios, lo hicieron no por haber dejado de compartir un corpus teórico y cultural común de la política revolucionaria como práctica insurreccional sino porque divergían en el modo y en el momento en que estas debían darse.

A partir de estas convicciones y del escenario de la violencia planteado por SL, muchos militantes radicalizados de las izquierdas legales irían organizando al MRTA o se incorporarían a las filas de los “túpac” y en los Comandos Revolucionarios del Pueblo (CRP), organización que se sumaría luego al MRTA original, dejando fuera de lugar a todos los que se decían revolucionarios. Las primeras células y núcleos de izquierdistas insurreccionales plantearon en esta etapa acumulativa de fuerzas, actuar desde el campo social y a través de sus partidos con la promesa de hacer la revolución. Los primeros núcleos del MRTA aún en clandestinidad plantearon a través de su compromiso con las acciones, la ejecución de atracos y expropiaciones de bienes y dineros hasta la implementación con el tiempo de secuestros o “retenciones” de personajes acaudalados que financiarían esa revolución.

De este modo, los pequeños grupos izquierdistas radicalizados del MRTA inclinados a tomar las armas para plantear la resistencia contra el régimen político belaundista, creyeron que este sería un buen momento para el inicio de la revolución socialista frente a todos los escenarios que los amenazaban y las disyuntivas que les planteaban sus líderes políticos izquierdistas, vistos como indolentes e inconsecuentes con su prédica y asimilados a las prácticas e instituciones democráticas de 1980. Imbuidos de una moral militante, comprometida con los ideales revolucionarios socialistas, antiimperialistas y con el tiempo más nacionalistas; y, sustentada en la voluntad insurreccional de las tradiciones de los partidos y movimientos políticos izquierdistas que los habían precedido, forjaron las primeras acciones armadas proselitistas basadas en la agitación, la movilización, la confrontación y la propaganda armada con células y escuadras urbanas contra las autoridades institucionales del Estado, las fuerzas represivas armadas y policiales y las clases identificadas como enemigas del pueblo (empresarios, embajadas “imperialistas”, etc.) utilizando consignas reivindicatorias del socialismo antiimperialista. Pronto y en el contexto de la primera mitad de la década de 1980 agitada por SL, las acciones armadas agitadoras y propagandísticas como asaltos a comisarías y bancos, reparto de víveres, explosiones, tiroteos y bombardeos de ministerios, embajadas y oficinas de entidades públicas nacionales y extranjeras se volvería

obsoleto y se tornó más reivindicatorio de los valores de la justicia social y nacionalista para atraer simpatizantes a su causa frente a las acciones senderistas y la represión estatal que crecía exponencialmente.

Paradójicamente y ante la crisis política que se cernía la posición electoral del frente IU se afirmó mejor en el escenario político nacional con el acceso de las izquierdas al poder municipal en las principales ciudades y pueblos del interior del país. El partido aprista, renovado por un joven Alan García que tomó las banderas del antiimperialismo, llegó también al poder en 1985 tras sesenta años de actividad. Con propuestas populistas y una agresiva retórica nacionalista y antiimperialista, que lo acercaban a regímenes de izquierda y a sectores permeables a la IU, interpuso un dique de contención ideológica a los movimientos armados no senderistas. Estos siguieron actuando sin fijar una posición insurreccional clara frente al nuevo gobierno que alejaba, aparentemente, los riesgos de una mayor militarización del país. En ese ínterin y apelando a los vínculos de la solidaridad internacional latinoamericana revolucionaria, los militantes de los primeros núcleos iniciales que convergieron en el MRTA y en los CRP viajaron a Colombia para recibir entre las filas del M19 su primer bautismo de fuego y las primeras experiencias de una guerrilla situacional, aquella que planteaba la toma de pueblos rurales o de ciudades relativamente importantes para sentar un protagonismo político y ser tomados en cuenta en una mesa de negociaciones por el gobierno de turno. Esta combinación de hechos políticos y armados que ensayará el MRTA en el país afirmaba una tradición política insurreccional diferente a la del senderismo y negaba, por la misma praxis armada, a los líderes políticos izquierdistas “tradicionales” integrados al sistema parlamentario y político representativo.

Hacia 1986 el MRTA había conformado con los núcleos convergentes de varias periferias, militancias y simpatizantes de la izquierda legal como no legal y entre algunas organizaciones armadas no senderistas de los CRP, organizaciones sociales de base como de los colonos en la selva central, los campesinos en San Martín y las rondas campesinas y nativas del norte del país, además de jóvenes estudiantes universitarios y escolares en las ciudades y pueblos, algunos soportes claves para su propia vía revolucionaria.

2° Derrota estratégica. El campo rural se convirtió desde 1986 en un escenario clave de la insurrección emerretista. Varios factores confluyeron para ello: la agudización de la violencia política y la guerra sucia (las matanzas en los penales y las masacres de poblados campesinos: Pucayacu y Acomarca); la expansión de Sendero Luminoso a otras regiones; la agudización de la crisis económica tras la corta reactivación del aparato productivo en 1985; la crisis interna del frente IU; y el retorno de los contingentes peruanos enviados a la guerrilla colombiana del M19; plantearon a los líderes del MRTA, la posibilidad de saltar de las ciudades donde habían desarrollado labores de proselitismo, agitación y propaganda armada hacia la actividad guerrillera en el campo. Algunos aspectos dentro de la organización propiciaban también esta decisión: la cohesión y consolidación de las organizaciones armadas y sus líderes tras la decisión de ingresar a la fase armada, la adquisición de nuevas experiencias en la guerrilla colombiana, la determinación de los militantes para competir en el espacio insurreccional con un Sendero Luminoso que había exhibido los aspectos menos gratos de una guerrilla revolucionaria: Lucanamarca, asesinatos de líderes y autoridades de base; su intransigencia para tolerar al propio MRTA. Un punto adicional en esta fase del desplazamiento del campo a la ciudad fue la posibilidad de converger con núcleos campesinos movilizados en algunas regiones por demandas insatisfechas por el gobierno central.

Regiones como San Martín y Huánuco (Alto Huallaga) a la que se sumarían Padre Abad, Coronel Portillo y Aguaytía en Ucayali, ofrecían un espacio natural para la expansión de organizaciones armadas dadas las actividades ilícitas de las firmas del narcotráfico. El desgobierno, el caos y la corrupción agudizada por estas firmas ofrecían, por otro lado, una oportunidad para el ingreso de organizaciones armadas como SL y el MRTA, este último tuvo presencia en localidades como Tocache a partir de células organizadas de los partidos de la nueva izquierda, y trató de imponer su orden y autoridad entre las bandas armadas. Otras regiones en el centro del país como Jauja, Huancayo, Chanchamayo y Satipo en Junín y Oxapampa en Pasco ofrecían similares condiciones de acceso a la población a partir de las federaciones campesinas y organizaciones de izquierda, entre las que destacaría el liderazgo de Antonio Meza Bravo, ex guerrillero de 1965. En otras regiones como en las provincias de La Convención, Urubamba y Calca en Cusco, la debilidad de la movilización campesina se compensó con el apoyo de núcleos estudiantiles; en Bagua irían organizando (Amazonas) además de San Ignacio y Jaén (Cajamarca), las células armadas que enlazaron sus actividades a las rondas campesinas en la labor de seguridad y autodefensa,

cuestionando especialmente a las autoridades gubernamentales, a la policía y al Ejército. En Puno el desplazamiento de las células armadas al norte del departamento se encontró con las demandas de los colonos informales mineros contra las criticadas autoridades del gobierno. En todos estos escenarios la competencia con Sendero, el Ejército y el narcotráfico fue durísima. En Amazonas y Jaén fueron desarticulados rápidamente por el Ejército entre 1990 y 1991 dada la fuerte represión contra las rondas campesinas. En Cusco fueron desarticulados consecutivamente en 1984, 1987 y 1992. En Puno sus pequeñas columnas guerrilleras también fueron desarticuladas por el Ejército entre 1992 y 1993.

No obstante, la mayor actividad guerrillera se dio en dos zonas privilegiadas fuera de Lima que también se convirtió en un escenario privilegiado para el MRTA. Entre 1986 y 1987 las organizaciones armadas del MRTA fueron desalojadas del Alto Huallaga (Tocache) desplazándose más al norte, a Tarapoto y Moyobamba, donde las células del MIR VR ahora UDP tenían una importante presencia en la región. Allí, y gracias a la alianza con los CRP liderados por Alberto Gálvez Olaechea y el apoyo de líderes políticos de la UDP, organizaron con el entusiasmo de la juventud local, las columnas armadas más poderosas del MRTA, llegando a tomar entre 1987 y 1993 varios pueblos y ciudades incluida Moyobamba. El ambiente de insatisfacción de la población y las elites regionales frente a la crisis y desmontaje del Estado desarrollista; y, la amenaza de despedazar al departamento en el proceso de regionalización, ofrecían un ambiente preciso para huelgas campesinas y tomas de carreteras. Los resultados electorales adversos a las decisiones del gobierno aprista favorecieron la empatía de la población con las milicias del MRTA. No obstante, sus consecutivas derrotas militares en 1987 y 1992, le quitarían protagonismo y apoyo de la población, especialmente por la presencia represiva y persuasiva del Ejército. En la zona centro (Junín y Pasco), en cambio, el factor senderista y la represión indiscriminada del Ejército que se ensañaron por igual contra la población, ayudó en la organización de rondas de autodefensa con el apoyo y simpatía de núcleos armados del MRTA. La acción emerretista más importante en la región, fuera del proselitismo y la agitación en pueblos y en la Universidad del Centro, se vio desbaratada cuando dos columnas armadas del MRTA se trasladaban de Concepción a Jauja para tomar Tarma el 28 de abril de 1989. Su encuentro con el Ejército en el poblado de Molinos costó la vida a más de medio centenar de militantes. La crema y nata del movimiento guerrillero había

sido desarticulada y con ello la posibilidad de una presencia dominante para negociar alguna agenda con el gobierno aprista.

3° La fuga y el cambio de signo. La necesidad de dar un golpe temerario como era la toma de Tarma respondió a la necesidad de superar las capturas de sus líderes y desarticulaciones de sus aparatos dirigenciales en Lima. Para 1989, cinco de los principales líderes del MRTA estaban en prisión. El descuido y la poca vigilancia de los mismos no podía quedarse sin respuesta y su efecto fue el descalabro de Molinos. Con la derrota estratégica del MRTA dada por esta doble situación – cuadros caídos y dirigencia presa– nada parecía posible, hasta que en ese lapso, lo imposible se hizo posible: la fuga de casi medio centenar de líderes y militantes presos de la prisión de Canto Grande en julio de 1990, a escasos días del cambio de gobierno aprista por el de Alberto Fujimori. Si el impacto de este hecho fue importante ante la opinión pública, sus efectos políticos fueron más profundos en la organización insurrecta. Especialmente, los recelos mutuos y el desacuerdo para imprimirle al MRTA una dirección coherente en la búsqueda de una negociación de paz con gobiernos que les demandaban abandonar las armas sin negociación alguna. Las vacilaciones y dudas, además de las tácticas políticas que no estaban dando los resultados deseados, movieron a la militancia a recelar de la capacidad de sus líderes para dirigir la insurrección armada, que por otro lado, no podía competir en extensión ni impacto con la de SL, que había lanzado desde 1989 la fase del equilibrio estratégico. Frente a ello, solo quedaba al MRTA manejarse entre la presión insurreccional de sus militantes y la necesidad de negociar una salida política realístamente aceptable para ambas partes. Al final el MRTA no alcanzó ninguno de ambos objetivos, además de fracasar en su intento de insertarse a un movimiento popular en repliegue (la Asamblea Nacional Popular y las organizaciones sindicales y barriales estaban golpeadas por la crisis económica, la violencia de Sendero y el Ejército o los paramilitares que descabezaban a sus dirigencias). Las precarias condiciones en las que el MRTA empezó a moverse y el divisionismo imperante entre las propias izquierdas para reorganizar a un movimiento popular en declive y escéptica de la política en general, llevó a la organización armada con objetivos insurreccionales, a ir descartando la revolución armada como salida política. Frente a los escenarios de violencia y crisis que ellos no dominaban, solo les quedó negociar la paz, aunque lo plantearon con mucho conflicto interno y del modo en que cualquier grupo político con poca capacidad de dominio y poder lo hubiera planteado, a través de las armas. Una de las causas por los que a partir de 1990 el MRTA empezó a

disgregarse fueron las discrepancias internas por llevar adelante este proceso. La falta de cohesión dentro del Movimiento para plantear este objetivo, especialmente en la zona norte del departamento de San Martín donde la militancia de base local recelaba de la dirigencia limeña porque dejaba de lado los intereses de la región para abocarse a los problemas de la propia organización, suscitó rupturas dentro de la organización armada, entre las que sobresalió la comandada por Sistero García, que fundó su propia guerrilla. La inevitable derrota del MRTA y la imposibilidad para revertirlo era una señal inequívoca del agotamiento de un modelo de acción política basada en la violencia armada.

Los cuadros sobrevivientes fuera de prisión no se resignaron a los reveses militares y al repliegue social y político de las izquierdas. Su persistencia por continuar con la lucha armada enfrentándose al gobierno fujimorista, a los militares y a SL al que declararon fuerza contrarrevolucionaria, los llevó a reorganizar a sus cuadros. Su afán por buscar alianzas políticas y entendimientos con sectores radicales izquierdistas participantes en el escenario político oficial: Pueblo en Marcha, Bloque Popular Revolucionario, UDP, el Movimiento Patria Libre, el PUM y el PCP Unidad los llevó a tomar contactos incluso con representantes políticos de gobiernos amigos como Cuba, Nicaragua y de Europa según lo declaró Polay en su libro (Polay. 2007). La situación se complicó más con la paulatina caída de líderes y cuadros del MRTA en los meses siguientes al autogolpe de estado fujimorista. Estos hechos, posibles en buena medida por la decisión del Estado para enfrentar con más “inteligencia” que represión las amenazas subversivas y potenciar sus aparatos de seguridad, tendieron los puentes para que el gobierno, los militares, los grupos empresariales y amplios sectores de la población, incluyendo la población campesina, tejieran acuerdos para la derrota de los grupos armados con la exclusión de los partidos políticos en la conducción del Estado.

4° Derrota político militar: La derrota de sus columnas armadas, el repliegue y dispersión de las organizaciones populares y de base, el descabezamiento de la organización con la reducción y/o asesinato de los líderes políticos y sociales; y, la caída nuevamente de los líderes principales del Movimiento entre 1991 y 1993, supuso no solamente una derrota estratégica como la había sido antes de la fuga de la prisión de Canto Grande en 1990, sino que de por medio se sobrepuso la derrota misma del proyecto insurreccional armado tendiente a la revolución socialista. Las

condiciones en que había emergido el MRTA habían cambiado el escenario mismo de la lucha armada en el país. En buena parte, el factor ideológico motivacional, basado en un contexto internacional dominado por el socialismo, se había quebrado con la caída de los mismos en los países donde regía. El espíritu de beligerancia que había animado a los movimientos de liberación en el mundo, estaba deprimido ante el repunte de proyectos neoliberales que privilegiaban nuevamente el dominio del capital sobre el trabajo, deslegitimando al mismo tiempo la protesta social. Y en Perú, como dirían los propios líderes del MRTA, la idea misma de la revolución armada cultivada por varias generaciones de izquierdistas radicales, se había desvirtuado con la actuación de Sendero y los efectos de la guerra interna entre este y las FFAA. Ambos factores, más la crisis de representación de los partidos y el hundimiento de las izquierdas como representantes del campo popular o simplemente “pueblo”, barrieron la herencia de una identidad insurreccional cultivada por generaciones.⁶ Mientras tanto, el último capítulo de esta historia insurreccional desfasada ante los ojos del mundo lo pondrá el secuestro de la residencia del embajador japonés en Lima a fines de 1996 hasta abril de 1997, con el trágico desenlace del comando emerretista liderado por Néstor Cerpa y sus lugartenientes, en un afán por repetir el esquema ensayado por el MRTA a lo largo de su historia: acciones armadas y escenarios de presión para la negociación y liberación de sus líderes y compañeros.

⁶ Tiempo pasaría para que surgieran nuevos movimientos armados con identidades difusas entre el izquierdismo y el nacionalismo como en la provincia de Andahuaylas en el 2005.

Epilogo

La insurrección del MRTA fue una de las varias guerras habida en el Perú de 1980. Las tradiciones y antecedentes del MRTA como actor político armado no se pueden entender sin embargo fuera del contexto de las presiones a la democracia que la dinámica de la guerra entre SL y las FFAA forzó más allá de cualquier escenario político previsible. Tampoco se puede entender al MRTA sin conocer el papel que asumieron los partidos de izquierda dentro y fuera del frente IU para competir con el gobierno aprista y enfrentar a la violencia represiva de las FFAA y de SL; y, finalmente, esta insurrección no se puede entender sin saber antes, cómo el gobierno aprista, las izquierdas y los propios actores armados, actuaron en un país azotado por los males derivados de la violencia política y la crisis económica, que aceleraron la fragmentación y dislocamiento de un universo social marcado por su creencia en lo nacional, antiimperialista y socialista frente a las incertidumbre de la violencia política que llevaría a la liquidación de la propuesta insurreccional del MRTA, de SL y de la democracia de partidos, encaramándose en su lugar un autoritarismo populista apoyado en una base militar y corrupta. En la base de todas estas comprensiones no debemos olvidar como la historia de una cultura política de lo insurreccional, legitimada en buena parte por una historia de la violencia política en el país y por las enseñanzas que sus protagonistas recibieron del ámbito internacional, involucraron algo más que la revolución cubana. Allí estaban los movimientos nacionales de liberación, las revoluciones rusa y china y; la influencia del movimiento comunista internacional, junto a las experiencias de apertura y movilización popular en países vecinos a través de las experiencias populistas y que en Perú tomaron formas no siempre acabadas de populismo, a través de las reformas nacionalistas velasquistas. En este escenario histórico internacional la experiencia insurreccional del MRTA aparece como un movimiento revolucionario que se levantó en armas frente a las disyuntivas específicas planteadas por una democracia en crisis y atenazada por la violencia desplegada por SL y las FFAA, la misma que al someterse a la compleja y devastadora dinámica de la guerra interna terminó siendo destruida por ella que le había dado forma, acabando con una herencia de lo insurreccional izquierdista en el país.

Fuentes y bibliografía

Angell, Alan

1997 (1994) "La izquierda en América Latina desde c 1920". En Bethell, Leslie (Ed.) *Historia de América Latina*. Vol. 12. Traducción Jordi Beltrán. Barcelona. Crítica. pp. pp. 73-131.

Baby, Sophie; Oliver Compagnon y Eduardo Gonzáles Calleja (Coords.)

2009 *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX. Europa del Sur-América Latina*. Madrid. Casa de Velázquez.

Bejar, Héctor

1990 "Los orígenes de la Nueva Izquierda en el Perú: la izquierda guerrillera en el Perú. (Periodo 1956-1967)". En Alberto Adrianzén *Pensamiento Político peruano. 1930-1968*. Lima. DESCO. pp. 353-392.

1973 *Las guerrillas de 1965. Balance y perspectivas*. Lima. Ediciones Peisa.

Caro, Ricardo

1998 *Vanguardia Revolucionaria. Una introducción a los orígenes y desarrollo de la nueva izquierda peruana (1965-1972)* Tesis para optar el título de Licenciado en Sociología. PUCP.

Castro, Daniel

1999 *Revolutions and Revolutionaries. Guerrilla movements in Latin America*. Scholarly resources. Wilmington.

Concheiro, Elvira; Massimo Modonessi y Horacio Crespo, (Coords.)

2007 *El Comunismo: otras miradas desde América Latina*. México DF. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades UNAM.

Coordinadora Nacional de Derechos Humanos

2003 *Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación*. Vol. I; II; III; IV; V y IX (Anexos) Lima. (Versión digital)

Debray, Régis

1975 (1974) *La crítica de las armas*. México DF. Siglo XXI Editores.

Del Priego, Manuel Miguel

1990 "Memoria y presencia del comunismo en el Perú". En Alberto Adriánzen *Pensamiento político peruano. 1930-1968*. Lima. DESCO.

Gálvez Olaechea, Alberto

2003 *Informe para la Comisión Nacional de la Verdad y Reconciliación Nacional*. Cajamarca.

Guerrero Bravo, Juan Carlos

1998 *Izquierda, revolución y democracia. El impacto de Sendero Luminoso en el discurso y práctica de Izquierda Unida en un contexto democrático (1980-1989)*. Tesis de Magíster. FLACSO-México.

Gutiérrez, Miguel

1988 *La generación del '50: un mundo dividido. Historia y balance.* Lima. Editorial Labrusa.

Hinojosa, Iván

1999 (1997) "Sobre parientes pobres y nuevos ricos: las relaciones entre sendero y la izquierda radical peruana". En Stern, Steve (Ed.) *Los Senderos Insólitos del Perú. Guerra y sociedad en el Perú. 1980-1995.* Traducción Javier Flores Espinoza. Lima. IEP-Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. pp. 73-92.

Kruijt, Dirk

2008 *La revolución por decreto: el Perú durante el gobierno militar.* Lima. Instituto de Defensa Legal.

Laclau, Ernesto

2006 *La razón populista.* México DF. FCE.

Letts, Ricardo

1981 *La izquierda peruana organizaciones y tendencias.* Lima. Mosca Azul Editores.

Manrique, Nelson

2009 "Usted fue aprista". *Bases para una historia crítica del APRA.* Lima. CLACSO–PUCP Fondo Editorial.

2002 *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú. 1980-1996.* Lima. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Martínez, César Guadalupe

S/F "El partido comunista peruano de 1930 a 1942 ¿el periodo de Ravines?" en *Debates en Sociología* nº 12-14. Lima. Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP.

Masterson, Daniel

2001 *Fuerza Armada y sociedad en el Perú moderno. Un estudio sobre las relaciones civiles militares. 1930-2000.* Traducción, Jorge Ortiz Sotelo y Nancy Clarke Soldevilla. Lima. Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos (IEPE).

Melgar Bao, Ricardo

La memoria sumergida. Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CEDEMA) [De, 14 de diciembre, 2008] En: <http://www.cedema.org/uploads/La%20memoria%20sumergida.pdf>

Méndez, Cecilia

2006 "Las paradojas del autoritarismo: Ejército, campesinado y etnicidad en el Perú. Siglos XIX y XX" *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* nº 26, FLACSO–Quito. Septiembre. pp. 17-34.

Meza Bazán, Mario

2012 *El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y las fuentes de la revolución en América Latina.* Tesis para optar el grado de doctor en Historia en el Colegio de México.

MRTA

- 2005 *Historia del MRTA del Perú*. Rosario. Editorial Último Recurso. Talleres Gráficos Kolektivo "Último Recurso". [De, 20 de septiembre del 2008] En:
<http://gollasuyu.indymedia.org/es/2005/06/2278.shtml> o
<http://www.ultimorecurso.org.ar/drupi/node/166>
- S/F *Conquistando el Porvenir. Con las masas y las armas. Notas sobre la historia del MRTA*. S/l., S/e. (probable 1990).

Nieto Montesinos, Jorge

- 1983 *Izquierda y democracia en el Perú. 1975-1980*. Lima. DESCO.

Polay, Víctor

- 2007 *En el banquillo ¿terrorista o rebelde?* Dossier. Lima. Canta Editores.

Rénique, José Luis

- 2007 "Una larga marcha andina: tradición radical y organización revolucionaria". En Concheiro, Elvira; Máximo Modonessi y Horacio Crespo (Coords.) *El Comunismo: otras miradas desde América Latina*. México DF. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades UNAM.

Rouquié, Alan y Stephen Sufern

- 1997 (1994) "Los militares en la política latinoamericana desde 1930". En Bethell, Leslie (Ed.) *Historia de América Latina*. Vol. 12 "Política y sociedad desde 1930". Barcelona. Crítica.

Teoría y Práctica

- 1975 *El MIR y la revolución socialista* (1) Revista teórica del MIR. nº 1. Febrero.

Toche Medrano, Eduardo

- 2008 *Guerra y democracia. Los militares peruanos y la construcción nacional*. Lima. CLACSO - DESCO.

Villamizar, Darío

- 1995 *Aquel 19 será. Una historia del M 19, de sus hombres y sus gestas. Un relato entre la guerra, la negociación y la paz*. Bogotá. Planeta Colombiana Editorial.